

creto sin ejemplo) culpable de herejía, y en su consecuencia de lesa majestad, á todo el que no estuviese esceptuado nominalmente.

Los condes de Egmont y de Horn fueron del número de las víctimas, no porque resultaran culpables en el proceso, sino porque era necesario hacer un gran ejemplar, para manifestar que no tenia miedo. Otros varios personajes de elevada categoria les precedieron y siguieron al suplicio; el hijo mayor de Guillermo de Orange fué preso y enviado á España donde sufrió veintiocho años de cautiverio. Su padre más temido que él porque sabia callarse (4) consiguió huir, reunió tropas é invadió el país (1568); pero los alemanes que tenia á su sueldo con su insubordinacion, y el duque de Alba con sus contemporizaciones, le precisaron á batirse en retirada; lo que dió lugar á nuevos suplicios contra los que habian hecho votos en su favor. Quedó la Flandes sumergida en el silencio y en el terror.

Entonces el duque de Alba formó el proyecto de no dispensar nada y esterminar á los reformados. Construyó en Amberes y Amsterdam fortalezas que causaron la ruina del comercio: introdujo las leyes del concilio de Trento, y la inquisición, y hasta quiso poner una contribucion fija de un décimo sobre los bienes muebles, y de un vigésimo sobre los inmuebles. Pero el pueblo, que habia sufrido el asesinato de sus jefes, se irritó con aquella tasa, que recayendo sobre las más pequeñas ventas, multiplicaba las vejaciones, se negó á pagarla y cerró las tiendas. El duque de Alba hizo erigir en Amberes una estatua que le representaba, y á sus piés los dos Estados de la provincia; disponiase á hacer levantar nuevos cadalsos, cuando el príncipe de Orange le detuvo en sus sanguinarios triunfos.

Orange.—No debemos representarnos á aquel príncipe como á un patriota desinteresado: buscaba, haciéndose republicano y protestante, los honores que no habia podido obtener como católico y cortesano; pero dotado de una mirada justa y observadora, sabiendo dominar sus pasiones y conservar la moderacion en medio de los furios generales, su genio salvó á la Holanda. Buscando por todas partes enemigos á la España, escitó los celos de la Alemania contra la ambicion austriaca, é hizo comprender á los reformados de todos los países cuán importante era para ellos sostener á Flandes. Habiéndole aconsejado el almirante Coligny formar fuerzas marítimas, dió, como señor de Orange, cartas patentes á los nobles de los Países-Bajos para capturar los barcos españoles que volvieran de América cargados de oro. De esta manera saquearon, con el nombre de *mendigos del mar*, inmensos tesoros, y se hicieron temibles en

(4) *¿Se ha cogido al taciturno?* preguntó el cardenal de Granvelle, que se hallaba á la sazón en Roma. Como se le contestó que no: *Pues no se ha hecho nada*, replicó.

el Océano. Guillermo, conde de La Mark, su almirante, apellidado el Jabalí de las Ardenas, se apoderó de Briel ó Brille, en la isla de Woorn, llave de aquellos sitios marítimos: aquí comienza la cuna de aquella república, formada de pequeñas provincias pantanosas, amenazadas sin cesar por el mar, que no obstante resistieron al rey más poderoso de su siglo y al más hábil político, y detuvieron los prodigiosos acrecentamientos, primero de la casa de Austria y después de la de Borbon.

Al momento las ciudades se declararon á porfía por el príncipe de Orange, acogiendo con los brazos abiertos á las tropas que venian á *libertarlos del diezmo*. Fué saludado estatuder en la primera asamblea que hubo en Dordrecht, después sorprendió á Getruidentberg, y consiguió una victoria naval en Zuydersee. El mal éxito hizo perder la reputacion al duque de Alba, que anciano y escaso de salud pedia su relevo. Decia, para dar una prueba de su justicia, que habia hecho ejecutar en el espacio de seis años diez y ocho mil seiscientos herejes y rebeldes. Felipe le recompensó olvidándolo.

Luis de Requesens, que le sucedió, era por el contrario, afable y moderado. Derribó la estatua de su predecesor, y proclamó el perdón en el momento en que la nacion conoció que ya no tenia necesidad de él. No pudo reunir dinero, y cuando quiso emplear las armas, no espermentó más que reverses. Los habitantes de Leida, á quienes sitiaba, le contestaron cuando les intimó que se rindieran: «No lo espereis, mientras oigais ladrar un perro; después cuando los hayamos devorado todos, aun nos quedará nuestro brazo izquierdo que comer, mientras nos sirvamos del derecho para pelear.» Pero el príncipe de Orange rompió los diques, y las olas sumergieron á los españoles que sitiaban la ciudad. Leida obtuvo en recompensa y como en indemnizacion, una universidad que fué, después de la de Ginebra, la segunda de los reformados. Los moros y los judíos, que habian salido de los países sometidos á España, se refugiaron en los Países-Bajos. Rotterdam y Amsterdam recogieron á los judíos arrojados de Amberes por el duque de Alba. Introdujeron allí industrias muy útiles y especialmente afamadas; entre otras la preparacion del alcanfor y del bórax, como tambien fábricas de tintes. Establecieron los seguros en gran escala, y hasta para los mismos enemigos se construyeron allí barcos.

Vióse precisado el inflexible gabinete del Escorial á negociar con Holanda y Zelanda; pero como ni una ni otra parte querian ceder en materia de religion, no produjeron ningun resultado las negociaciones. Sin embargo, emancipadas ya las dos provincias, no podian entenderse sobre la reforma de gobierno; y en fin, se convino en que mientras durase la guerra, la supremacia civil y militar se ejerceria en nombre del rey, con la única condicion de desarraigir el catolicismo y consolidar la

reforma, sin perseguir, no obstante, á nadie por opiniones religiosas.

Habiendo muerto entonces Requesens, que dirigia la guerra con tanta habilidad, se insurreccionaron, reclamando su sueldo, las tropas mercenarias, azote de todas las guerras; apoderáronse de Amberes y Maestricht, y saquearon aquellas dos ciudades cuya riqueza hemos ya descrito. Pensaron entonces las provincias en buscar su seguridad en la union. Los Estados de Brabante, Flandes, Artois y Hainaut, las ciudades de Valenciennes, Lilla, Douay, Orchies, Namur, Tournay, Utrecht y Malinas, á las cuales pronto se unió la Frisia y por último Amsterdam, convinieron en asistirse recíprocamente, desembarazarse de las tropas españolas, restablecer la religion, y volver las cosas al punto en que estaban antes de la llegada del duque de Alba. Los Estados se negaron á recibir por gobernador general á don Juan de Austria, bastardo de Carlos Quinto, vencedor de las Alpujarras y de Lepanto, á quien Felipe II detestaba acariciándole, á menos que no despidiese las tropas extranjeras y se adhiciese á la pacificacion de Gante. Cuando satisfizo esta condicion con el *Edicto perpetuo*, se le prometió fidelidad, y obtuvo dinero (1577).

Pero aquel príncipe, que enarbolará por insignia una cruz con estas palabras: *Con este signo he vencido á los turcos y venceré á los herejes*, impulsaba al rigor á la corte de Madrid bajo apariencias pacíficas. Exaltado con la victoria de Lepanto, ambicionaba una corona, y secundado por el papa intentó procurársela en Tunez, Inglaterra y los Países-Bajos. Pero acostumbrado á expediciones rápidas, se estrelló contra la diestra y profunda política del príncipe de Orange. Habiendo entregado á éste el rey de Francia Enrique III una violenta carta de don Juan, que habia sido interceptada, le proclamaron los Estados destituido de su título, y se prepararon de nuevo á pelear: fueron ocupadas ó desmanteladas las fortalezas, y elegido *ruwaard* del Brabante el príncipe de Orange con un poder dictatorial. Siguióse una guerra con diferentes probabilidades, durante la cual, sospechoso Felipe de que don Juan se entendiese con los flamencos y los ingleses para formarse un principado independiente, murió naturalmente ó por un crimen (1578). Fué reemplazado por Alejandro Farnesio, que habia hecho, al frente de las tropas italianas, el mayor mal posible á los insurrectos.

Debía entonces Felipe II más de cuarenta millones de coronas á los mercaderes españoles y genoveses; los *mendigos del mar* le apresaban de tiempo en tiempo, alguno de los galeones de América, cuyos tesoros no bastaban para someter á un puñado de pescadores de arenques. Además, como desconfiaba de los mismos gobernadores á quienes concedia plenos poderes, los variaba con frecuencia, y con ellos se cambiaba el sistema. Así fué que en un principio era una mujer la que gobernaba cuando se necesitó firmeza, y el poder

pasó después á manos inexorables cuando hubiera convenido la indulgencia. Los holandeses no habian tenido nunca más que un objeto, su libertad. Tenian de su parte á todos los príncipes de las cortes en que Felipe asalariaba traidores; sus ejércitos se reclutaban, sin detrimento del país, de todos los que, perseguidos por aquel monarca, llevaban á aquel asilo su odio y cólera. Desgraciadamente los católicos y los reformados tenian con frecuencia querellas, que hasta degeneraron en guerra civil entre los ganteses, jefes de los reformados, y los walones católicos.

Supo aprovecharse de ello Farnesio, que como hábil general y político de talento, dirigió la guerra con conocimiento, al mismo tiempo que organizó un partido de *descontentos*, que llevaban por señal distintiva un rosario en el cuello. Aunque naturalmente afable, creia, como sus contemporáneos, que el puñal y el veneno podian emplearse impunemente. Viendo, pues, que se habia perdido toda esperanza de acomodo, publicó contra el príncipe de Orange un edicto por el cual le declaraba traidor, enemigo del género humano y calamidad pública, prohibiéndole el pan, el agua y el fuego; añadiendo que Felipe II prometia, bajo su palabra de rey, á todo el que le entregara muerto ó vivo, veinte y cinco mil escudos de oro, la nobleza y el perdón de todos sus crímenes, por enormes que fuesen. Contestó el príncipe de Orange á este manifiesto con una larga apologia, é hizo promulgar por los Estados una especie de declaracion de los derechos del hombre, en la que decia que el pueblo no se habia hecho para el príncipe, sino el príncipe para el pueblo; que el soberano que trataba á sus súbditos de esclavos era un tirano á quien se podia derribar, sobre todo, cuando se obraba después de la declaracion legal de los Estados del país, reducido á no poder protegerse de otro modo su libertad. En su consecuencia, se proclamó destituido de la soberania al rey de España, por violador de los tratados y por tirano.

Union de Utrecht.—Ni un momento se lisonjeó el príncipe de Orange de poner acordes las nueve provincias, diferentes en religion. Contentóse con reunir las del norte del Mosa, cuya creencia era la misma (1579). En su consecuencia, las provincias de Güeldres ó Zutphen, Holanda, Zelanda, Utrecht, Frisia y Groninga, menos la ciudad de este nombre, se confederaron á perpetuidad, con promesa de socorrerse mutuamente, de no hacer paz ni tregua, ni exigir ninguna contribucion sino por unánime consentimiento. Con respecto á la religion, cada una de ellas pudo tomar las medidas que le conviniesen mejor, aunque conservando la libertad á todos, hasta á los católicos; restituyóse á los frailes y á los sacerdotes los bienes de que se les habia despojado. Aquellas cinco provincias, cuyo número llegó después á siete con la union de Over-Yssel y la ciudad de Groninga, formaron la república de las Provincias-Unidas, en la que el príncipe

de Orange esperaba probablemente sustituir su dinastía á aquella cuya destitucion acababa de pronunciarse.

Pero la suma prometida ó el fanatismo habian impulsado á más de un miserable á atentar á su vida; entre otros el vizcaino Jáuregui, sobre quien se encontró un papel escrito que decia lo que sigue: «A vos, señor Jesucristo, redentor y salvador del mundo, creador del cielo y de la tierra, si me concedéis la gracia de escapar con vida después de haber verificado mi proyecto, hago voto de ofrecer una hermosa colgadura, un vestido, una lámpara y una corona, á la bienaventurada Virgen de Bayona, y otra corona á la de Aranzazu.» Sucumbió, en fin, Guillermo á los golpes de un habitante del Franco Condado, Baltasar Gerardo, hombre destinado á su servicio, que compró con el mismo dinero de su amo las pistolas con que le hirió. Puesto el asesino en el tormento, confesó que habia obrado por orden espresa el duque de Parma, y por sugestion tan pronto de un franciscano, como de un jesuita (5). Tal vez la acusacion no era fundada con respecto á ninguno de ellos, y sin embargo produjo el que se les cobrase horror.

Los Estados de Holanda confiaron entonces el gobierno á un consejo presidido por Mauricio, hijo del príncipe asesinado, y se prepararon á una resistencia desesperada, en un pais cortado por infinidad de brazos de mar y rios. Entretanto continuaba Farnesio felizmente la guerra, y las tropas mercenarias proseguian sus asolaciones; porque parece verdaderamente que «casi todas las naciones de Europa han querido á porfía darse cita, y acudir á los funestos campos de Flandes como á una vista pública de combates, para entregarse á su cólera y á su odio, medirse con el acero en la mano con obstinacion siempre creciente» (BENTIVOGLIO). El sitio de Amberes, sostenido por espacio de un año entero con mucha habilidad por Federico Giambelli de Mántua, que terminó con una capitulacion honrosa, es muy digno de memoria (1585).

Después de haber perdido la república varias provincias, le abandonó su confianza en sí misma, y se ofreció á un príncipe extranjero. Ya se habia entregado al de Anjú, quien no tardó en desacreditarse, y fué despedido. Ofrecióse entonces al rey de Francia, Enrique III, quien no aceptó. Isabel de Inglaterra hizo otro tanto; pero, fautora como era de todos los reformados por aversion á Felipe II, y nutriéndola la esperanza de apoderarse de aquel territorio, les prometió socorro. Llevólos en efecto el conde de Leicester, su favorito, y fué nombrado estatuder. Fué una chanza pesada, porque

(5) Era el refugio ordinario de los acusados el atribuir el crimen á otros. Cuando la muerte del delfin, hijo de Francisco I, en 1536, Montecuculli, su copero, confesó en el tormento, que le habia envenenado por sugestion de Antonio de Leiva, del marqués de Gonzaga y de Carlos Quinto.

aquel jefe incapaz lo convirtió todo en intrigas y facciones (1586): dejó que los españoles adquiriesen ventajas y cometiesen horribles desolaciones, al mismo tiempo que descontentó á todo el mundo, excepto al vulgo y á los predicadores, con cuyo apoyo contaba para llegar al poder supremo; pero en fin, desacreditado é infamado, tomó el partido de retirarse. De esta manera se escapó la Holanda de un lazo peligroso, no menos temible que la guerra abierta; resultándole la ventaja de que la Inglaterra entró en lucha declarada con la España, é incomodando continuamente á esta potencia, contribuyó á la fortuna de los holandeses.

Mauricio de Orange, estatuder electo de Holanda y Zelanda, hizo cambiar la suerte de las armas (1590), sobre todo cuando después de la muerte de Farnesio, la España no tuvo ya un general de igual mérito que oponer á aquel valiente adversario. Causa admiracion ver los esfuerzos hechos entonces por un pequeño pais, cuando se piensa que atendia al sostenimiento de veinte mil infantes, dos mil caballos y una numerosa marina, y que sin embargo el comercio prosperaba más que nunca. Amsterdam se aumentó considerablemente; la Holanda y la Zelanda contaban más de setenta mil marinos; todos los años se despachaban cuatrocientos barcos con bandera extranjera para traficar con Lisboa, Cádiz, Sanlúcar y otros puertos de España y Portugal. Felipe II hubiera querido escluir á los holandeses; pero disimulaba en interés de sus Estados, adonde llevaban los granos de la Polonia y los demás géneros del Norte. No obstante, cuando Felipe III creyó heritlos en el corazon, prohibiendo á sus súbditos todo comercio con ellos, los holandeses no permitieron á todas las demás potencias el tráfico que se les prohibia á ellos; lo que redujo á la peninsula á una gran miseria. Habiéndose reunido entonces el Portugal á la España, los holandeses atacaron las ricas colonias que aquel reino poseia en ultramar. Cornelio Houtman fué á Java con cuatro barcos, y se apoderó de aquella isla; Jacobo van Neck fundó allí la compañía de las Indias orientales; y de esta manera fué como imprudentes prohibiciones produjeron, como lo hemos visto en nuestros dias, la ruina de sus autores.

En este estado (1596) contrajeron los Estados con Isabel y con Enrique IV una alianza ofensiva y defensiva; lo que hizo que tomasen lugar entre las potencias europeas como república independiente. Es verdad que el valor de Ambrosio Espínola, consiguió por algunos momentos levantar la bandera española en los Países-Bajos, pero la penuria del erario no permitió continuar semejantes esfuerzos con la constancia necesaria (1604). Ostende resistió tres años y tres meses á Espínola, que perdió allí ochenta mil hombres contra sesenta mil holandeses (1607). La batalla naval que se dió después en el estrecho de Gibraltar, y en la que perecieron los dos almirantes, fué el último acto de aquella guerra.

Con la esperanza de facilitar la conciliacion con un cambio de nombre, Felipe III habia cedido los Países-Bajos como feudo á su hija Isabel, casada con Alberto de Austria. Este príncipe convino con ellos, como con un pais libre, en una tregua de doce años, reconociendo la independencia de las Provincias Unidas (1609), y concediéndoles la libertad de comercio y navegacion en las posesiones españolas de Europa, pero no en la India. Este último punto era esencial para la Holanda; porque los grandes hombres de la revolucion habian reconocido que no podia aguardar su grandeza sino del mar. Así fué, que entonces proclamaron por primera vez en el mundo la libertad de los mares (*mare liberum*). Cuando la obtuvieron, á despecho de la obstinacion española, la Europa concibió una elevada idea de un pueblo que no habia conocido hasta entonces sino como mercader; y éste fué el primer ejemplo de una libertad adquirida con continuos esfuerzos.

La república comprendia entonces siete provincias confederadas y soberanas, desiguales en estension, fuerzas y cargas, pero no en derechos públicos, y cada una con un voto en los Estados Generales, como se llamaba entonces la asamblea de la Haya, adonde todas podian enviar tantos diputados como les agradase. Pero no eran representantes, y cada vez tenian que recibir un mandato especial de los Estados de su provincia, lo que producía dilaciones y hacia imposible el secreto. Soportaba la Holanda cincuenta y siete céntimos de las cargas públicas, y elegia siempre entre sus diputados el abogado, llamado después gran pensionario, que era considerado como el primer personaje de la union, al menos después del estatuder. La soberania no residia, pues, en los Estados generales, sino en los electores, que alguna vez conferian sus derechos al estatuder, alma del gobierno. Pero posteriormente á Leicester, y hasta el año 1748, no hubo estatuder general. Mauricio de Nasau, que dirigió la república por espacio de cuarenta años, y después de él sus sucesores, no tomaron más que el titulo de capitanes y almirantes generales de la Union.

Esta revolucion era menos el resultado del arranque religioso, que de la política y ambicion de los príncipes de Orange. Cuando triunfó en las provincias walonas, se estableció allí una república, en la que ni la libertad política, ni la religion ganaron nada, y en la que hubo siempre una lucha de despotismo entre el statuder, los Estados y las regencias municipales. Los católicos permanecian oprimidos en provincias enteras, como en el Brabante septentrional, hasta el punto de echar de menos la dominacion extranjera. En el momento en que los reformados hubieran podido, en fin, gozar de la paz, fué ésta turbada por las querellas religiosas, que son inevitables desde el momento en que no se deja el campo libre á la razon individual.

Cuestiones religiosas.—Lutero habia hecho un

llamamiento á la *libertad cristiana* contra la autoridad; ¿pero de qué modo? Negando la libertad moral del hombre, colocándole en una dependencia total de Dios, para sustraerle á la de los hombres que se decian representantes de este Dios. Habiéndose negado una vez el libre albedrío, cesaba desde entonces la utilidad de aquellas obras expiatorias de que se habia abusado, y toda la escala que se estendia desde el simple fiel hasta Dios era destruida. Sentado como principio que Dios lo hace todo en nosotros, y que las obras son superfluas para la salvacion, estableció Lutero la predestinacion y la fatalidad.

Ahora bien, este dogma podia conducir á la indulgencia ó á la intolerancia, y á este último es á lo que se dirigió Calvino. Habiéndonos criado Dios buenos ó malos, elegidos ó réprobos, no se hace más que obedecer á sus decretos, persiguiendo á los réprobos. Estableció, pues, la Reforma sobre principios teológicos, y sobre el sólido terreno de la revelacion individual aplicada á las Sagradas Escrituras, con lo que, aunque de una manera diferente, consiguió restablecer la autoridad y reconstruir la Iglesia, esceptuando, sin embargo, el que la creencia en la Escritura era efecto de la gracia, y el don de comprenderla privilegio de los elegidos; y de esta predestinacion se valieron los calvinistas para hacer frente á sus contrarios, y fué el instrumento con que organizaron y defendieron la Iglesia reformada. Esta era la que dominaba en los Países-Bajos y perseguia no sólo á los anabaptistas y socinianos, sino aun á los luteranos; y de aquí que aquella tan decantada libertad se convirtiese á los pocos años en una invencible intolerancia. Contra semejante tiranía debia levantarse la primitiva idea de la Reforma, para constituir una tercera religion protestante.

Arminio, 1560-1609.—Jacobo Arminio, que educado en Ginebra y en Italia habia sido ministro de la iglesia de Amsterdam, después profesor en Leida, lleno de entusiasmo y ansioso de saber, fué invitado por algunos eclesiásticos de Delft á rechazar la doctrina de la predestinacion. Sostuvo, pues, que Dios habia resuelto desde la eternidad, que el que renunciara al pecado y se confiara á Jesucristo gozaria de la vida eterna, al paso que los pecadores endurecidos se condenarian, en atencion á que Dios no fuerza á nadie á renunciar al pecado y persistir en la fe (6). Atacaba, pues, á la Iglesia calvinista, como Lutero habia atacado á la católica, negando el derecho de condenar irremisiblemente á los que creyeran de distinto modo. Lutero habia dicho: «Un clérigo, un fraile, un devoto, un santo no son nada más que un hombre,

(6) La historia más completa del arminianismo en Holanda, y de su establecimiento en Inglaterra, es la de Jaime Nichols (Londres, 1825): esta historia está acompañada de numerosos documentos y de la traduccion de las obras de Arminio.

porque todas nuestras virtudes y nuestras imperfecciones provienen de Dios, que ha repartido sus propios dones á su gusto;» Arminio y sus discípulos dijeron: «Un hombre que cree profesar la verdadera religion, no tiene derecho para condenar á otro.» Hubiera podido añadir, aceptando resueltamente el fatalismo de Lutero: «Porque si Dios ha condenado á los hombres al error, los hombres tienen derecho á defenderse;» con lo que hubieran tomado el partido de los réprobos por un sentimiento de equidad superior á la misma equidad que los teólogos luteranos y calvinistas atribuían á Dios; pero no quisieron hacer este ultraje á la divinidad, y dijeron que «siendo Dios juez justo y padre misericordioso; desde el principio había establecido estas distinciones entre los hombres; que los que quisieran renunciar al pecado y volver á poner toda su confianza en Jesucristo, serían absueltos de sus malas acciones y gozarían de una vida eterna, pero que los obstinados serían castigados; que á los ojos de Dios sería grato que todos los hombres renunciásemos al pecado, y que al venir en conocimiento de la verdad, perseverásemos en ella, pero que ninguno estaba obligado á hacerlo; que la doctrina de Beza y Calvino hacia á Dios autor del pecado y endurecía á los hombres en sus malvados hábitos, inspirándoles ideas de una santidad fatal.» Bien á las claras se ve que la proposición era contraria á lo que Calvino había deducido del dogma de Lutero; y así como es cierto que la idea doctrinal de Lutero está más conforme con la de Calvino, también lo es que el sentimiento que había guiado á Lutero, concordaba más con el que había guiado á Arminio; pero Francisco Gomar, profesor también de Leida, pretendió que Dios había predestinado á los hombres á la perdición y á la salvación; de lo que resultaba que los unos eran inclinados á hacer el bien y los otros el mal; cuya opinión era la de Calvino y Beza, como la otra era la de Erasmo y Melanchton.

Al momento se dividió el país en arminianos y gomaristas: con los primeros estaban las gentes tolerantes, que tenían necesidad de un campo libre para la inteligencia, y á los que se les llamaba *universalistas* porque concedían la gracia de Dios á todos los hombres, los *particularistas*, sus adversarios, se subdividían de nuevo relativamente á la época en que Dios había dado la sentencia fatal. Los unos sostenían con Calvino que Dios había destinado la salvación y la perdición desde la eternidad, y en su consecuencia antes del primer pecado (*supralapsari*), de tal suerte, que el hombre no podía escaparse de ella; detestando los demás esta horrible idea de castigar Dios antes de la culpa, decían que no había determinado, y sólo si permitido la caída de Adán; y que el hombre fué destinado por esta culpa á la condenación, de la que Dios resolvió preservar á ciertas almas á quienes favorecía con una gracia especial (*sublapsarii*).

Esta era la cuestión teológica; pero después se-

guía la cuestión social. Si, en efecto, consideramos más adelante la revolución de los Países-Bajos, encontraremos que no fué provocada por odio á la antigua religion, pues los principales motores de aquella revolución eran católicos, y la mayor parte de las provincias se conservaron tales; tampoco se pensó al principio emanciparse del rey de España, pues los edictos más hostiles á su poder se dieron en su nombre. La dominación extranjera desagradaba, mas esto no impidió á los insurrectos buscar por todas partes un extranjero por soberano. En el fondo, las magistraturas de los concejos eran las que querían prevalecer sobre el poder central (1610): después de haber derribado el mando de Felipe II, hicieron oposición á Guillermo de Orange, redujeron á Mauricio á una condición inferior á la que había tenido bajo el reinado de España, y últimamente abolieron el estatuto. En aquel momento, el mismo principio combatía bajo nombres teológicos. Los gomaristas eran el partido popular; los sabios y los ricos seguían la bandera de Arminio, con todos aquellos que, detestando la unidad y el despotismo calvinista, preferían el federalismo, es decir, una conciliación entre la autoridad espiritual y el poder temporal, mediante una unión amigable entre cada ciudad.

Más débiles los arminianos presentaron una *representación* á los Estados para ser escuchados en sínodo, los otros les dirigieron una *refutación*, de donde procedió el nombre de representantes y contrarrepresentantes. Los Estados les ordenaron el silencio; pero los sectas religiosas no se doblegan así por decretos. Envenenáronse, por el contrario: los representantes fueron escomulgados; los otros sostenidos por Mauricio, quisieron extender la reforma al gobierno de la ciudad, designando á los magistrados. Las dos sectas se convirtieron, pues, en partidos políticos, el uno republicano y el otro orangista. Los jefes del primero eran Hugo Grocio y Juan Holden Barneveldt, abogado de Holanda, encargado en ella de conservar la soberanía y los derechos de los Estados, de convocarlos, de publicar sus resoluciones, y de velar por el cumplimiento de los mandatos de las ciudades. Celoso en extremo de las patrias franquicias, fué uno de los mayores hombres de aquella revolución. Inclínándose siempre á la paz, como Mauricio á la guerra, había hecho por sus consejos la tregua de doce años; después, recobrado de los ingleses, valiéndose de prudentes negociaciones á Flessinga, Briel y Ramekens, últimos restos de la dependencia extranjera y llaves de la navegación interior. Hecha la paz, á pesar de la oposición de Mauricio, sostuvo la libertad marítima, como había sostenido la territorial, comprendiendo que sólo el comercio podría hacer de Holanda una potencia respetable. Al paso que Mauricio se afiliaba al partido popular de los gomaristas, con la esperanza de hacer prevalecer á la monarquía sobre el federalismo, Barneveldt quería, con ayuda

de los arminianos, apoyar en cada ciudad la libertad de la república, y preservarla del vasallaje por medio del fraccionamiento. Violentas predicaciones sostenían la enemistad entre ambos rivales; el uno era acusado de ambición tiránica, y el otro de avaricia mercantil. Los gomaristas pedían á gritos la convocatoria de un sínodo, los arminianos no la querían, y la unión parecía pronta á disolverse.

Sínodo de Dordrecht, 1618.—Cada uno alegó en el sínodo de Dordrecht la autoridad de las Sagradas Escrituras, sin llegar á establecer otra cosa, sino que era una revelación insuficiente, en atención á que no había ilustrado positivamente los puntos esenciales. En su consecuencia, el sínodo fué el apogeo del protestantismo, y el principio de su decadencia, porque desde entonces perdió cada día el poder doctrinal. Los representantes fueron condenados como corruptores de la religion y autores de un horrible escándalo, excluidos de los empleos eclesiásticos y de las academias. Gran número de ellos huyeron á Holstein, donde construyeron á Frederikstadt, otros á Inglaterra, donde triunfó su fe, que fué aceptada por los metodistas. Acercándose el arminianismo á los sentimientos católicos, y sentando como dogma la salvación de todos con ayuda de la redención, emancipó de nuevo las opiniones de la influencia del despotismo, y condujo á la tolerancia: concilióse de esta manera las demás sectas, al paso que el calvinismo las odiaba; y propagando el sentimiento de igualdad entre los hombres, allanó el camino á la filosofía.

No disfrazando Mauricio por más tiempo su tiranía, hizo arrestar á los jefes del partido contrario, destituyó á sus representantes, y ordenó proceder contra ellos. Barneveldt era sobre todo objeto de su odio, y poniéndose de acuerdo con los Estados Generales, le hizo prender y conducir al patíbulo con los pretestos usuales. Grocio, que había defendido con calor la libertad de los mares, estuvo preso toda su vida en el castillo de Lovenstein, del cual el partido contrario al príncipe de Orange tomó su nombre: allí se ocupó en refutar la opinión de los orangistas, que era que la soberanía residía en los Estados generales, y demostró desde luego que la resistencia no era un crimen de Estado. Pero la indignación pública concluyó por encolerizarse, y los representantes se dieron por satisfechos con haber impedido á Mauricio apoderarse de la dominación suprema.

En medio de estas turbulencias la república de las Provincias Unidas continuó engrandeciéndose (1621). En el momento mismo en que terminó la tregua, la España mandó á Ambrosio Espínola que sitiase á Breda, y habiendo este general contestado que era imposible tomar esta plaza, recibió de la corte esta lacónica respuesta: *Marqués, tomad á Breda.*—Yo el rey. Espínola hizo todo aquello que pudo, y gran número de personas perecieron por la obstinación del rey (1625); pero Breda no abrió sus puertas sino por una capitulación, cuando los dos partidos se encontraron

igualmente aniquilados. Los sitios de Maestricht y de Bois-le-Duc, no fueron menos famosos. Mauricio recobró durante la guerra la gloria y la influencia que había perdido con la paz. Este largo período, durante el cual no se abandonaron las armas, fué causa de gran perfección en la estrategia, y muy particularmente en lo concerniente al ataque y defensa de las plazas.

La Inglaterra y la Francia sostenían á los Países-Bajos en odio á la España, y el mismo Nuevo Mundo estaba entregado á sangrientas luchas por las cuestiones del Antiguo. A fin de arruinar el comercio de la Holanda con Alemania, Espínola concibió el proyecto de construir un canal entre el Rhin y el Mosa, prohibiendo á los buques subir el Rhin más allá de Rhinberg; mas la dificultad de defender el paso obligó á renunciar á este plan. Los holandeses, más afortunados, se engrandecían por sus conquistas en el Brasil, continuando en arrebatar las posesiones á los portugueses, en tanto que Portugal permanecía sujeto á la España. Finalmente, abriéronse negociaciones en el congreso de Münster, y allí se convino en que la España renunciara á las Provincias Unidas, y á todas aquellas que había conquistado en los Países-Bajos españoles. Por lo que hace á las posesiones en las dos Indias, debería cada uno continuar en la posesión actual; pero los españoles y portugueses no podrían extender su navegación, sino hasta el punto que la hacían entonces. Además, los Estados fueron autorizados á abrir el Escalda, los canales de Sas, de Zwin y otras embocaduras, condiciones degradantes para la España, que privó de este modo á sus súbditos de las ventajas que les ofrecían los ríos y los territorios, haciendo inútil el puerto de Amberes y esclavizando el país que le quedaba. Los habitantes de las Provincias Unidas obtuvieron la libertad de conciencia (7) sin restricción, y no se volvió á ofrecer nueva ocasión de guerra entre las dos potencias que habían estado combatiendo durante un siglo.

España.—Separémonos ahora del país que había consolidado su libertad, para volver á aquel que se la había quitado á otros perdiendo al mismo tiempo la suya. Felipe con querer introducir la inquisición así como había sacrificado á los Países-Bajos, impulsó á los moriscos á declararse en abierta rebelión como ya hemos visto (8). También hemos hablado de sus empresas contra los turcos, con las cuales parecía querer justificar el título de defensor de la cristiandad, que invocaba hasta

(7) Hay hoy día en Amsterdam diez y seis iglesias para los católicos, trece para los reformados, tres para los luteranos, dos para los anabaptistas, una para los presbiterianos, una para los americanos, una para los representantes, una para los armenios, y una para los griegos; además existe una sinagoga para los judíos portugueses, y otra para los alemanes.

(8) Véase tomo VI, pág. 279.